OPINIÓN | Ahora que no nos ve nadie

11/11, día internacional del solterismo

Nunca estamos contentos con lo que tenemos, en lo único que nos parecemos solteros y casados es en la facilidad que tenemos para evadirnos de nuestra situación comprando cosas que no nos hacen falta

David Gámiz
Viernes 20 de noviembre de 2026 - 20:00



El pasado 11 de noviembre fue un día importantísimo en España. Un día de esos que deberían quedar señalados en el calendario, que merecerían abrir los informativos y ocupar las primeras páginas de los periódicos.

Y antes de que alguno se emocione, pensando que voy a dedicar estas líneas a hablar de política, de la huelga general o de cualquier otra desgracia nacional, le recomiendo que cambie de artículo. Últimamente, hablar de política me produce la misma ilusión que asistir a una reunión de la comunidad de vecinos.

El pasado 11 de noviembre celebramos algo muchísimo más importante para el futuro de la humanidad: el Día Internacional del Soltero.

Sí, señores. Existe. No es ninguna broma. De hecho, yo no tenía ni idea de que eso se celebrara y fue leyendo las efemérides que se publican en este diario que me enteré del evento y me puse a investigarlo.

Hay un día dedicado a las personas que no tienen pareja, aunque desconozco si para celebrarlo se organizan comidas multitudinarias, se intercambian regalos o se queda uno en casa, en calzoncillos, disfrutando de la maravillosa experiencia de no tener que dar explicaciones a nadie.

La historia de esta celebración tiene su origen en China, concretamente en la Universidad de Nankín, allá por 1993. Cuenta la tradición que un grupo de estudiantes universitarios, todos ellos solteros, empezó a darle vueltas a una injusticia que, por lo visto, les quitaba el sueño. Los enamorados tenían San Valentín, los matrimonios celebraban sus aniversarios y hasta las parejas que llevaban tres semanas juntas encontraban motivos para regalarse flores, bombones y ositos de peluche con mensajes que daban vergüenza ajena.

Mientras tanto, ellos no tenían nada: ni una fecha, ni una celebración, ni un triste descuento en una botella de vino para bebérsela sin compañía.

Así que decidieron organizar su propio día. Y como eran creativos, estudiantes universitarios y, por lo que se ve, tenían bastante tiempo libre entre examen y examen, eligieron el 11 de noviembre. El 11 del 11. Cuatro unos, cada uno representando a una persona sola.

La elección tenía su lógica. Aunque también podían haber elegido el 1 de enero, que además de tener unos por todas partes es el día en el que muchos se despiertan sin recordar con quién terminaron la noche anterior.

El caso es que aquella ocurrencia empezó a extenderse por otras universidades chinas.

Los estudiantes celebraban su soltería, organizaban encuentros y reivindicaban que no tener pareja no era ninguna enfermedad, ninguna desgracia ni una situación provisional que hubiera que solucionar urgentemente. Y durante unos años todo fue bien. En realidad, aquello era otra excusa para hacer una fiesta universitaria, de tantas que se organizan durante el curso.

Hasta que en 2009 apareció Alibaba. Si hay algo que el capitalismo, aunque sea en la China comunista, ha entendido perfectamente, es que cualquier sentimiento humano, por íntimo que sea, puede convertirse en una oportunidad de negocio. El amor, la amistad, la tristeza, la nostalgia, la soledad… Todo tiene su precio. Y si todavía no lo tiene, tranquilo, que ya aparecerá alguien dispuesto a ponérselo.

Alibaba decidió aprovechar aquella celebración para organizar una jornada de grandes descuentos. Y lo que había nacido como una reivindicación de la independencia sentimental terminó convirtiéndose en uno de los mayores acontecimientos comerciales del planeta.

Es la leche esto. Unos universitarios chinos decidieron celebrar que no necesitaban a nadie para ser felices y, treinta años después, millones de personas con pareja, sin pareja, divorciadas, viudas y hasta con relaciones que no saben muy bien cómo definir se lanzan a comprar televisores, aspiradoras, teléfonos móviles y freidoras de aire.

Supongo que el razonamiento comercial sería algo así como: «¿Está usted solo? Pues cómprese una lavadora. Seguirá estando solo, pero al menos tendrá los calzoncillos limpios».

Y como en España somos extraordinariamente receptivos a cualquier tradición extranjera que implique gastar dinero, terminamos importando la celebración. En 2018, Correos llegó a impulsar una campaña para proclamar el 11 de noviembre como Día del Solterismo en nuestro país, aprovechando precisamente el tirón comercial de AliExpress.

A mí me parece fantástico. Durante siglos hemos importado inventos, conocimientos, avances científicos y corrientes filosóficas. Ahora importamos días especiales para comprar cosas que no necesitamos. Eso sí, lo de que Correos participara en la promoción de una fiesta dedicada a la soltería tiene su gracia. Porque si hay algo que conocen bien las personas que viven solas es la emoción de recibir un paquete. Aunque, pensándolo mejor, también conocen la frustración de que el repartidor llame justo cuando están duchándose.

Pero lo verdaderamente interesante de esta celebración no son los descuentos, ni los universitarios chinos, ni siquiera la posibilidad de que algún soltero consiga una rebaja considerable en un colchón de matrimonio. Lo interesante es la eterna discusión sobre qué resulta más conveniente para la felicidad humana: vivir en pareja o permanecer soltero. Y aquí entramos en un terreno bastante más peligroso que cualquier debate político.

A lo largo de mi vida, he conocido a muchísimas personas casadas que aseguran que estarían mucho mejor solteras. Y también a muchísimas personas solteras que suspiran por encontrar a alguien con quien compartir su existencia. Los primeros añoran la libertad. Los segundos, la compañía. Unos sueñan con poder hacer lo que les dé la gana. Otros sueñan con tener a alguien que les pregunte dónde pasar el próximo domingo. Y así llevamos siglos.

Es probablemente una de las pocas batallas de la humanidad en las que los contendientes no defienden lo que tienen, sino aquello de lo que carecen.

Imagínense que los votantes del PSOE empezaran a pedir que ganara el PP y los del PP se manifestaran exigiendo que siguiera gobernando Pedro Sánchez. Uy, perdón. Que habíamos quedado en no hablar de política. Volvamos al amor, que al menos cuando alguien te engaña todavía existe la posibilidad de que te pida perdón.

El asunto es que los argumentos de ambos bandos resultan bastante convincentes, especialmente cuando los expone alguien que lleva muchos años instalado en el contrario.

Un amigo casado te dice:

—Tú no sabes lo que es la libertad hasta que la pierdes.

Y empieza a contarte que ya no puede salir cuando quiere, que tiene que consultar cualquier decisión, que los fines de semana están organizados con tres meses de antelación y que, si un sábado se le ocurre quedarse tranquilamente en casa viendo el fútbol, siempre aparece alguna obligación familiar que lleva esperando desde Navidad.

—¿Y tú qué haces? —le preguntas.

—Pues voy, qué voy a hacer.

Entonces llega otro amigo, soltero desde hace años, y te explica que está harto de llegar a una casa vacía, de cenar solo, de no tener con quién comentar las cosas que le ocurren y de pasar los domingos viendo series que ni siquiera le gustan.

—Daría cualquier cosa por tener a alguien esperándome —confiesa.

Y uno, después de escuchar a los dos, llega a una conclusión bastante razonable: deberían intercambiarse la vida durante un mes, aunque sospecho que a los quince días estarían llamando desesperadamente para recuperar la anterior. Porque el problema no consiste únicamente en tener o no tener pareja. El problema es que los seres humanos poseemos una capacidad extraordinaria para idealizar las vidas que no vivimos.

El casado imagina la soltería como una sucesión interminable de viajes improvisados, noches de fiesta, decisiones propias y encuentros apasionados con personas fascinantes, vamos, que se ven como protagonistas de una especie de película en la que todos los viernes sucede algo extraordinario. Lo que no suele imaginar es un martes de febrero, lloviendo a cántaros, con un catarro de campeonato, la nevera vacía y nadie a quien pedirle que baje a la farmacia.

El soltero, por su parte, imagina la vida en pareja como una sucesión de desayunos compartidos, abrazos inesperados, cenas románticas y conversaciones profundas frente a una chimenea. Lo que no suele imaginar es una discusión de cuarenta minutos porque alguien ha dejado una toalla mojada encima de la cama, o la pregunta más peligrosa que puede escucharse en un hogar:

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Ese «nada» ha provocado más conflictos domésticos que muchas cuestiones verdaderamente importantes. Porque uno sabe que pasa algo. Lo sabe por el tono, por la manera de cerrar un cajón y porque lleva veinte minutos escuchando cómo se colocan los platos en el lavavajillas con una violencia impropia de una actividad doméstica. Pero pregunta y obtiene un «nada». Entonces empieza la investigación.

¿Qué he hecho? ¿Qué he dicho? ¿Qué fecha es hoy? ¿Será su cumpleaños? ¿Nuestro aniversario? ¿El

aniversario del día que nos conocimos? ¿El aniversario de la primera vez que discutimos por una toalla?

Hay matrimonios en los que uno necesita más memoria que para presentarse a unas oposiciones. Aunque tampoco conviene idealizar la independencia de los solteros, porque la libertad absoluta tiene sus inconvenientes.

Es verdad que puedes cenar a las once de la noche, acostarte a las tres de la madrugada, dejar los zapatos en mitad del salón y pasar un domingo entero sin hablar con nadie.

Pero también es verdad que, cuando pierdes las llaves, no hay otra persona que tenga una copia y que, cuando estás enfermo, descubres que pedir comida a domicilio resulta muy práctico, pero todavía no han inventado una aplicación que te ponga la mano en la frente y te diga que tienes mala cara o te pregunte si quieres un caldito.

Bueno, sí. Probablemente alguna empresa tecnológica esté trabajando ya en ello. Y seguramente te cobre una suscripción mensual para que una inteligencia artificial te diga: «Cariño, tómate un paracetamol». Aunque, viendo cómo avanzan estas cosas, cualquier día nos ofrecerán parejas virtuales con diferentes tarifas. La versión gratuita te preguntará cómo te ha ido el día. La de veinte euros mensuales recordará tu cumpleaños. Y la prémium, por cuarenta y nueve con noventa y nueve, reconocerá que tenías razón en una discusión. Esa última arruinaría el negocio. Nadie se creería semejante fantasía.

También hay algo que me resulta especialmente divertido: la manera en que la sociedad interpreta la soltería dependiendo de la edad.

A los veinte años, estar soltero es estupendo. Estás descubriendo el mundo, disfrutando de tu juventud, conociendo gente y viviendo experiencias. A los treinta, empiezan las preguntas.

—¿Y tú no tienes pareja?

—No.

—Bueno, todavía eres joven.

Como si te estuvieran tranquilizando porque te han detectado una enfermedad en una fase temprana.

A los cuarenta, la cosa se complica.

—¿Pero no has encontrado a nadie?

Y ya no sabes si te están preguntando por tu situación sentimental o por una persona desaparecida.

A los cincuenta, algunos directamente te miran con una mezcla de lástima y preocupación, como si llevaras treinta años extraviado en una estación de autobuses. Lo más curioso es que nadie parece plantearse que quizá esa persona está perfectamente como está, que puede tener amigos, familia, proyectos, aficiones, una vida interesante y una felicidad que no necesita compartir domicilio con nadie, porque seguimos arrastrando la idea de que la pareja constituye una especie de culminación natural de la existencia:

Naces, estudias, trabajas, encuentras a alguien, te casas, tienes hijos y empiezas a discutir por la temperatura del aire acondicionado.

Ese parece ser el itinerario oficial. Cualquiera que se salga del recorrido tiene que dar explicaciones.

Sin embargo, tampoco faltan quienes han convertido la soltería en una religión y hablan de las relaciones sentimentales como si fueran condenas judiciales.

—Yo no cambio mi libertad por nada —proclaman.

Y lo dicen con una solemnidad extraordinaria, como si hubieran escapado de una prisión de máxima seguridad.

A veces me pregunto si algunos de estos defensores de la independencia sentimental disfrutan tanto de su libertad como aseguran o si necesitan repetirlo constantemente para convencerse, porque hay solteros felices, naturalmente. Muchísimos. Pero también hay solteros que se han acostumbrado tanto a vivir solos que han terminado confundiendo la tranquilidad con el miedo a que alguien altere sus costumbres.

Y hay personas casadas que llevan tantos años lamentándose de su matrimonio que uno se pregunta por qué siguen allí. Conozco a gente que habla de su pareja como si fuera una condena a cadena perpetua.

—Llevo treinta años aguantando a Manuela —dicen. Tengo el cielo ganado.

Y cuando les preguntas por qué no se separan, empiezan a enumerar razones: los hijos, la hipoteca, la costumbre, el dinero, la familia, el qué dirán… Algunas son razones poderosas, desde luego. La vida no siempre permite hacer lo que uno desea, y romper una relación puede tener consecuencias dolorosas, pero también sospecho que hay quienes llevan tanto tiempo instalados en la queja que, si mañana recuperaran la libertad que tanto reclaman, no sabrían qué hacer con ella. Se pasarían el primer mes celebrándolo, el segundo reorganizando los armarios y el tercero llamando a su antigua pareja para preguntarle dónde guardaba los papeles del seguro.

¿Y dónde dejamos a las personas que encadenan relaciones sin concederse un solo día de descanso? Terminan una historia un martes y el jueves ya han encontrado al amor de su vida. A mí eso siempre me ha parecido un prodigio de eficiencia.

Hay gente que tarda más en cambiar de compañía telefónica que en encontrar una nueva pareja, no han terminado de recoger sus cosas de una casa cuando ya están dejando el cepillo de dientes en otra. Y, por supuesto, cada nueva relación es diferente.

—Esta vez sí. Esta persona es especial.

Desde luego, la anterior también lo era. Y la anterior a la anterior. Hasta que dejaron de serlo

.

No digo que haya que guardar luto sentimental durante seis meses, vestirse de negro y encerrarse a escuchar boleros. Pero quizá convendría dedicar algún tiempo a averiguar por qué una relación ha terminado antes de comenzar otra exactamente igual.

Sinceramente, creo que estas personas no buscan una pareja, sino alguien que se haga cargo de sus carencias. Alguien que les quite la soledad, les cure las inseguridades, les organice la vida, les proporcione autoestima y, si queda tiempo, les acompañe a comprar al supermercado. Y eso es pedirle demasiado a cualquier ser humano.

Una pareja puede acompañarte, ayudarte, quererte y hacer que muchas cosas resulten más fáciles. Pero convertirla en la responsable exclusiva de tu felicidad me parece una forma bastante eficaz de acabar amargándole la existencia.

De la misma manera, permanecer soltero no garantiza la independencia emocional, la tranquilidad ni una vida apasionante. Se puede estar tremendamente solo viviendo acompañado. Y se puede disfrutar de una vida extraordinariamente plena sin compartir la cama con nadie. Lo que ocurre es que nos cuesta aceptar que

la felicidad ajena pueda tener una forma diferente de la nuestra.

El casado feliz quiere que sus amigos se casen. El soltero convencido quiere que sus amigos se separen. El que acaba de enamorarse piensa que todo el mundo debería sentir mariposas en la barriga. Y el que acaba de divorciarse recomienda no volver a acercarse a una relación sentimental ni con un abogado delante.

Cada uno predica desde la etapa en la que se encuentra, como si acabara de descubrir una verdad universal, cuando lo verdaderamente sensato sería reconocer que ninguna de las dos opciones garantiza absolutamente nada.

Lo importante, supongo, es distinguir entre estar donde uno quiere estar y haberse resignado a permanecer donde le ha tocado, porque tampoco conviene confundir la soledad elegida con la soledad impuesta. La primera puede ser un privilegio. La segunda, una experiencia dolorosa.

Y algo parecido sucede con la vida en pareja. Compartir la existencia con alguien a quien quieres puede ser maravilloso. Pero hacerlo por miedo a quedarte solo puede convertirse en una forma especialmente triste de renunciar a tu propia vida.

En cualquier caso, yo no pretendo resolver una discusión que lleva acompañándonos desde que el primer ser humano decidió compartir su cueva con otro y descubrió, seguramente al día siguiente, que su compañero dejaba los huesos de mamut tirados por cualquier parte. Tampoco creo que haya una respuesta definitiva.

La vida cambia, las personas cambiamos y lo que nos hace felices a los veinte años puede resultarnos insoportable a los cincuenta. Hay etapas en las que necesitamos compañía y otras en las que agradecemos disponer de nuestro propio espacio. Lo que me parece absurdo es pasarnos media existencia convencidos de que seríamos más felices viviendo la vida contraria. Porque mientras el casado sueña con la libertad del soltero y el soltero con la compañía del casado, ambos corren el riesgo de olvidarse de disfrutar de lo que tienen delante. Y eso sí que sería una desgracia.

En fin, que mientras deciden como les apetece vivir su vida, pueden seguir comprando en la plataforma que más les guste, sea 11 de noviembre o cualquier otro día, ya que creo que en lo único que nos parecemos solteros y casados es en la facilidad que tenemos para evadirnos de nuestra situación comprando cosas que no nos hacen falta.

Estén atentos, que ya llega el Black Friday.